

## ***Un medio rural vivo y sostenible***

Antón Costas

Presidente del Consejo Económico y Social de España

Me gustaría analizar y reflexionar sobre tres cuestiones; la primera, el interés y la preocupación que a lo largo de los últimos años el Consejo Económico y Social de España, que ahora presido, ha manifestado por la problemática del mundo rural y en general por el territorio. La segunda está relacionada con lo que entiendo que es un momento de oportunidad para el mundo rural en general, para el mundo local y el territorio. Y la tercera es el factor "L" que determina el éxito del desarrollo rural.

Comenzaré por hacer una especie de pronóstico de futuro, que siempre es muy arriesgado. Tengo para mí que el siglo XXI será el siglo del retorno del mundo rural, del territorio, al centro de las preocupaciones de las políticas públicas en general, y de las políticas económicas en particular. También al centro de las preocupaciones de la sociedad. De forma muy simplificada, podríamos decir que el siglo XX fue el siglo de las ciudades, de la urbanización y de la concentración de la población y la riqueza en las grandes urbes metropolitanas; las fuerzas centrípetas que han operado en el siglo XX han sido de una intensidad tremenda, dejando atrás, cuando no olvidado, el mundo rural. Esa tendencia centralizadora operó no solo en nuestro país, sino en todos los países desarrollados.

Mi pronóstico es que en el siglo XXI remitirá la intensidad de esas fuerzas centrípetas y veremos, de hecho ya lo estamos viendo, la aparición de fuerzas centrífugas que operaran en el sentido contrario, un retorno del mundo rural y del territorio al centro de las preocupaciones de las políticas públicas y del interés de la sociedad.

¿Por qué motivo hago este pronóstico?

En primer lugar, porque ya conocemos las consecuencias y los límites que tenía ese modelo de crecimiento económico y de crecimiento urbano que desarrollamos en el siglo pasado. Hemos visto las consecuencias en términos sociales, en términos económicos de disfunciones de costes y en términos medioambientales. Por lo tanto, ahora ya somos conscientes de ello.

En segundo lugar, porque el mundo rural, en un sentido amplio, ha comenzado a devolver el golpe al mundo urbano y a la política tradicional; me estoy refiriendo, por un lado, al *Brexit*, que puede ser visto como la devolución por parte del mundo rural y local anglosajón del coste de la factura que soportaron en los últimos 30 años de pérdida de prosperidad como consecuencia de los procesos de desindustrialización asociados a la hiperglobalización comercial y financiera. Otro ejemplo es el triunfo de

Donald Trump en 2016; los votos que le llevaron a la presidencia vinieron especialmente de aquellas comunidades territoriales de Estados Unidos que habiendo sido muy prósperas en los años 50, 60, 70 perdieron esa prosperidad y expectativas de mejora en los años 80 y 90. Durante unas décadas, esas comunidades soportaron la pérdida de prosperidad casi con resignación, con la esperanza de que finalmente los beneficios de la globalización también les llegasen a ellos. Pero el resentimiento acumulado y la rabia por su abandono, ha llevado a las personas que viven en esas comunidades abandonadas a comenzar a devolver el golpe al mundo urbano y a la política.

En un libro publicado recientemente en Estados Unidos, *The Third Pillar* (El Tercer Pilar), Raghuran Rajan, un economista muy prestigioso de orientación liberal de la escuela de Chicago que fue presidente del Banco Central de la India, sostiene que lo que ha ocurrido en Estados Unidos es la consecuencia del olvido, durante 40 años, del sistema político y de las élites económicas de ese país, de las comunidades territoriales que habían perdido prosperidad como consecuencia de la deslocalización industrial. Otros investigadores, tanto economistas como sociólogos y políticos, han llegado a conclusiones similares.

El tercer motivo que me lleva a hacer este pronóstico es que ante las consecuencias evidentes del cambio climático, los economistas, los responsables de las políticas económicas, los dirigentes políticos y la sociedad en general hemos comenzado a poner en valor lo que ahora llamamos el "capital natural". Se trata de un nuevo concepto que ya maneja la Comisión Europea, tanto en relación con los fondos *Next Generation EU* como en otros documentos recientes. Es decir, ya no hablamos solo de capital físico, de capital directamente productivo, de infraestructuras, de capital humano; ahora hemos comenzado a hablar de capital natural. Ese capital natural esencial para abordar el desafío de la descarbonización de la economía está localizado especialmente en el territorio y en el mundo rural.

Un cuarto motivo que me lleva a pronosticar el retorno del mundo rural al centro de las políticas públicas es la digitalización. Con ella llegan oportunidades nuevas para los territorios. Muchas actividades que hasta ahora sólo podían desarrollarse en el ámbito urbano, ahora, con la digitalización, pueden llevarse a cabo también en el mundo rural.

El último motivo para mi pronóstico es la Covid-19. El capitalismo es, por decirlo así, un sistema económico maníaco depresivo que tiene fases de expansión y de recesión, de crisis. Pero no todas las crisis hacen evolucionar al sistema. Así, la del 2007- 2008 no lo hicieron cambiar. Pero la provocada por la Covid-19 lo está haciendo. Por dos razones. Por un lado, por la propia naturaleza de la crisis pandémica. Por otro, porque el confinamiento provocado por la Covid 19 ha acentuado la velocidad e intensidad de las tendencias de cambio que ya venían operando antes de la pandemia. Permítanme una breve reflexión sobre ambas.

En la medida en que esta crisis no ha sido ocasionada por un fallo interno del sistema económico ni por ninguna conducta gubernamental, sino que nos viene impuesta por un agente externo, ha provocado dos sentimientos que fomentan un cambio profundo del funcionamiento del sistema económico vigente. Por un lado, está el sentimiento de vulnerabilidad humana que ha introducido la Covid. Un sentimiento

de vulnerabilidad de nuestras vidas que impone un cambio de prioridades de las políticas públicas para poner la salud y el fortalecimiento de los sistemas sanitarios públicos por delante de la propia economía. Los confinamientos y cierre de determinadas actividades económicas decretadas por los gobiernos reflejan este cambio de prioridades. El segundo sentimiento que ha traído esta pandemia es el de la fragilidad de del sistema de relaciones económicas globales dominante en las tres últimas décadas. Pensábamos que las cadenas de valor globales nos permitían optimizar de manera perfecta toda la actividad económica sin riesgos importantes para la seguridad y la autonomía económica de los países. Pero, de repente, la pandemia nos muestra de forma muy viva la fragilidad del tipo de relaciones económicas y el hecho de que no aseguran el aprovisionamiento en situaciones de emergencia pandémica.

Estas percepciones de vulnerabilidad y fragilidad que ha traído la pandemia me hace pronosticar tres tipos de reequilibrios.

El primero es entre globalización y políticas industriales nacionales. No estoy diciendo que la globalización vaya a desaparecer sino que la fragilidad mostrada por las cadenas globales favorece el retorno y el prestigio de las políticas industriales, de innovación y de desarrollo regional en nuestros países. De hecho, los fondos *Next Generation EU*, especialmente el Mecanismo de Recuperación y Resiliencia, pueden ser vistos como el retorno del prestigio de las políticas industriales estratégicas a nuestros países, políticas que en las últimas décadas estaban desprestigiadas cuando no rechazadas. Ahora estamos viendo en reequilibrio entre globalización y políticas industriales y agrarias nacionales (europeas) estratégicas, en beneficio de estas últimas.

Un segundo reequilibrio que trae esta crisis pandémica es entre mercado y Estado. Los mercados son instrumentos esenciales para asignar recursos, para decidir qué producir y cómo, especialmente cuando el sistema está en equilibrio. Pero en una situación de vulnerabilidad y fragilidad como la que estamos experimentando, cuando la incertidumbre radical se introduce en todas las dimensiones de nuestra vida, el mercado es incapaz de dar respuesta a esta incertidumbre. En situaciones de incertidumbre radical, que es similar a una espesa niebla que no te deja ver los riesgos a los que te enfrentas, el Estado juega un papel fundamental para fijar el rumbo y para colectivizar los riesgos. El Estado, como sociedad organizada, es fundamental para fijar el rumbo frente a la digitalización, la descarbonización y las pandemias. Por tanto, estamos viendo y veremos cada vez con más intensidad un reequilibrio entre mercado y Estado, en beneficio de este último, que asumirá nuevas funciones en la etapa postpandémica.

El tercer reequilibrio que trae esta crisis pandémica es entre la ciudad y el campo. Entre un mundo urbano y un mundo rural, por las razones que he mencionado antes.

En este sentido, en un artículo de prensa que publiqué en los inicios de la pandemia hablaba de la necesidad de practicar una estrategia de "3 R" frente a esta crisis del capitalismo. Primero, "Resistir", con ayudas públicas a las familias y a las empresas para evitar la destrucción de empleos y empresas. Segundo, "Recuperarse", mediante políticas macroeconómicas adecuadas, tanto monetarias como fiscales, para salir rápidamente de la recesión y recuperar los niveles pre pandémicos de actividad y

empleo. Y, en tercer lugar, y esto es la novedad en esta crisis, necesitamos "Reinventar" los modos de producción y de consumo. Esta reinvención implica de manera fundamental al mundo rural.

¿Por qué debemos tratar de rescatar al mundo rural? Un argumento podría ser la solidaridad, pero no es suficiente. El mundo rural tiene que volver al centro de nuestras preocupaciones y de nuestras políticas por pura reciprocidad, no sólo por solidaridad. El mundo rural es esencial a la hora de concebir y practicar un modelo de desarrollo postpandémico equilibrado.

Tras justificar mi pronóstico del retorno del mundo rural al centro de las preocupaciones políticas y sociales, me gustaría ahora hablarles brevemente del **Informe del Consejo Económico y Social de España sobre *Un medio rural vivo y sostenible*** donde -al igual que en el informe del CES del País Valencià- hay una preocupación por el abandono del mundo rural y una defensa como un medio vivo y sostenible esencial para reequilibrar nuestro modelo de desarrollo económico y social. Esta preocupación por el medio rural ha estado muy presente en los dictámenes e informes que a iniciativa propia ha llevado a cabo el CES de España en 2016, 2018 y ahora el informe de 2021.

Como órganos consultivos, los Consejos Económicos y Sociales son instrumentos importantes que tienen que ser puestos en valor especialmente en el mundo incierto en el que estamos yendo a vivir. La incertidumbre es diferente al riesgo. Los riesgos son eventos previsibles para los cuales tenemos datos históricos que nos permiten calcular la probabilidad de que ocurran y crear seguros privados o públicos para cubrirnos de esos riesgos. La incertidumbre, por el contrario, es como una densa niebla que no nos permite ver los riesgos a los que nos enfrentamos. Para ello tenemos que tener instituciones que actúen como "antenas" para identificar esos problemas y que fomenten el diálogo social favorable a la solución de esos desafíos. En este sentido, los Consejos Económicos y Sociales contribuyen a la solución de nuestros desafíos por dos vías. Por un lado, con sus Informes contribuyen a mejorar la calidad del debate público y político, y favorecen la creación de corrientes de opinión pública favorable a las reformas y nuevas políticas que exigen esos desafíos. Por otro, contribuyen a la mejora de la calidad de las decisiones políticas mediante los dictámenes que emiten sobre la actividad prelegislativa de los gobiernos antes de enviar los proyectos de ley a las Cortes. Los informes del CES tienen esa doble función.

En este último informe sobre el medio rural, el CES hace un diagnóstico socioeconómico de cómo está el mundo rural en comparación con el mundo urbano y pone especialmente el foco en la situación de las mujeres y de los jóvenes. También lleva a cabo un inventario de los déficits de infraestructuras, y plantea propuestas importantes e interesantes.

Del Informe me gustaría resaltar el título: *Un mundo rural vivo y sostenible*. La Comisión de Trabajo que lo elaboró no quería que se hablara de despoblación ni de vaciamiento del mundo rural, porque ¿quién va a querer permanecer o ir a vivir a un mundo que se dice despoblado y vacío? El título refleja, por lo tanto, una filosofía social y política nueva.

Este Informe, junto con el informe del CES del País Valencià, son documentos que, como decía anteriormente, sirven de "antenas" para identificar y alertar de posibles problemas. En ellos no se dice a los gobiernos lo que deben hacer, porque creo que no es nuestra función, pero sí hacemos propuestas y recomendaciones para que aquellos que tienen que tomar decisiones lo hagan con mayor sentido y teniendo en cuenta sus propias preferencias de políticas.

Para acabar mi intervención quiero volver a la idea que he apuntado al principio. Estamos ante un **momento de oportunidad para que el mundo rural vuelva al centro de nuestras políticas**. En primer lugar, porque hemos visto los límites que tenía el modelo de crecimiento urbano del siglo XX. En segundo lugar, porque hemos visto las consecuencias de la desindustrialización del territorio. En el proceso de globalización y de desindustrialización se envió un mensaje erróneo basado en la disyuntiva de emigrar a las ciudades a buscar empleo o resignarse a permanecer ignorados; así, se comenzó a cerrar escuelas, a cerrar líneas de ferrocarril, en definitiva, a cerrar servicios públicos de todo tipo. Pensábamos que era inevitable y no comprendimos que el coste individual/familiar de emigrar, tanto social como económico, es muy superior al coste de hacer políticas que estén centradas en el territorio. Actualmente los economistas ya sabemos que el coste de favorecer la inmigración es superior al coste de hacer políticas centradas en aquellos lugares que están afectados por procesos naturales.

Nos hemos dejado llevar en demasía por la idea de optimizar la asignación de los recursos, que es un concepto muy propio de economista; es la idea de "yo no puedo tener una unidad más que la necesaria en mi almacén, no puedo tener más de una unidad de la necesaria en aprovisionamiento". La globalización nos llevó a esa idea, que es buena idea solo si no se exagera.

Por el contrario, la pandemia nos ha hecho ver que la optimización hay que equilibrarla con la idea de seguridad; así, ¿por qué un país se gasta todos los años cientos de millones de euros en mantener un ejército cuando en realidad nunca o casi nunca se utiliza? La respuesta es, por seguridad. Pues de la misma manera, en todos los otros ámbitos de la economía y de la organización social, tenemos que equilibrar el criterio de optimización de los recursos con el criterio de seguridad. Y eso pone en valor, a mi juicio, el mundo rural en muchos aspectos.

Por último, me gustaría hacer una brevísima reflexión sobre lo que llamo el **factor "L" del desarrollo rural**. Los fondos europeos *Next Generation EU*, como he dicho en alguna ocasión, son un "momento hamiltoniano" para la UE, recordando a Alexander Hamilton, el primer secretario del Tesoro de los Estados Unidos con George Washington que con su política de comunitarización de las deudas de los estados de la Unión después de la guerra contribuyó de forma decisiva a la formación de los Estados Unidos de Norteamérica. Yo creo que la Covid-19 ha provocado en Europa, un sentimiento hamiltoniano y eso es lo que ha dado lugar a que, de una forma tan rápida e inesperada para mí, se hubiesen creado los fondos europeos, financiados con la primera emisión de deuda europea. Este punto de inflexión es muy importante en la dinámica de integración económica y política europea.

En mi opinión, los fondos tienen para nosotros el riesgo de verlos como una especie de "Bienvenido Mr. Marshall", como un maná que de pronto nos va a llegar y que lo

que tenemos que hacer cada uno es abrir el bolsillo y algo nos caerá dentro. Pero no se trata de "repartir", sino de "asignar" recursos de forma eficiente para reinventarnos.

Otro riesgo es la creencia de los territorios de que con ese dinero y con una buena dirección política ya estará todo resuelto. Los fondos europeos son un viento favorable para el desarrollo rural. Pero su eficacia dependerá crucialmente de lo que llamo el "factor L": el liderazgo insustituible de las comunidades locales. Sin este liderazgo de los actores locales, tanto públicos como, especialmente, sociales, el beneficio de los fondos podría no lograrse.

Mi experiencia de años dedicado al análisis comparado de políticas públicas me lleva a pensar que el factor liderazgo en cada comunidad, en cada territorio, es fundamental para el éxito de la transformación, para el éxito de esas políticas. Es decir, no solo son necesarios fondos financieros y el compromiso político con el mundo rural, ante todo es necesario el liderazgo desde la propia comunidad, con iniciativas que nazcan en su seno. Ese liderazgo en este país, y aquí en concreto en el País Valencià, existe. Hay que potenciarlo y desarrollarlo desde la propia sociedad civil. En este sentido la "economía social" tiene un papel esencial en esta nueva etapa, en la medida en que está implantada en el territorio.

Concluyo. Estamos en un momento de oportunidad única para lograr el retorno del mundo rural al centro de las políticas públicas. Y lo fundamental es promover ese liderazgo desde las propias comunidades, desde el propio mundo rural.

Muchas gracias.

8 de febrero de 2022